

TODOS PODEMOS SER ÉL

Conozco a un chico. Ese chico es Batman, lo juro. Lo conozco desde hace ya un lustro y he visto en él cambios paulatinos. Pero así, como en el ocaso, uno apenas comienza a contemplar lo rojizo cuando ya todo es índigo y oscuro; pero bello.

Nuestras discusiones políticas en el aula eran el pan nuestro de cada día, y la comidilla de los compañeros: que si yo era demasiado liberal, que si él era demasiado conservador. Pura grilla. El caso es que un día, tras comentarios que hizo y que me habían herido sin él saberlo, yo decido confesarle algo de mí misma; al final, era mi amigo. Y no volví a escuchar comentarios parecidos.

Sus comentarios normalmente iban cargados de una burla inocente y de malicia, siempre en contra de la inclusión total y la tolerancia, según yo. En contra de los homosexuales, en contra de las mujeres, en contra de... vaya, de muchas cosas. Pero conforme pasaban los semestres, su voz se iba cambiando de tono, de intensos amarillos a suaves rojizos. Comenzaba el ocaso.

Entre la *carrilla* para un lado y para el otro, nos hicimos compañeros de equipo. El mismo equipo. Nosotros contra ellos, dentro de un paradigma de pleno respeto a los derechos de las personas. Mancuerna, compinches. Total, ya estábamos en el mismo canal.

Pero él se llevó la noche, y el día y todo lo demás. Se metió de lleno a la defensa de los derechos de otros. Ha sido reconocido aquí y allá. Tanto le apasiona, tanto le llama la justicia que ha decidido velar por ella, literalmente. Sale de su trabajo para irse por las calles oscuras, con miedo (nos admite) pero con la seguridad de que es un bien mayor. –Ya me voy, iré a patrullar. Si no vuelvo, no llamen a la policía. Bromea en la última cerveza y las sobras de la rebanada de pizza y sale por la puerta principal. Sale a “patrullar”, a defender a muchachos delgados con perforaciones en el labio y la ceja, con tatuajes en los brazos, ante los uniformados que por verles medio andrajosos, ya son juzgados por quien no debe juzgar. Hasta que aparece él. –¡Oficial! Buenas noches, oficial, buenas noches. ¿Conocen los derechos humanos?

Y el asombro de los oficiales. Buscan evitarlo, lo tratan de espantar como un perro callejero que busca comida. Pero con la fe y la labia que le ha traído la práctica, termina por salvar a los muchachos de una detención arbitraria, de tal vez una noche o dos en

detención preventiva, tal vez más, tal vez incomunicados o (Dios los ampare) torturados para confesar el crimen de andar por la calle pareciendo “malandro”. La noche, índigo y oscura, pero bella, guarda a mi amigo y compañero junto a los oficiales, leyendo artículos de lo que es nuestra biblia: la Constitución, aprendiendo a respetar a las personas, a no bajarlas de sus autos, a no sacar sus armas sin necesidad. Él es Batman, haciendo de esta Ciudad Gótica un poco mejor.

Me gusta imaginar que influí en algo en su cambio. Que alguna frase mía logró hacerlo razonar o pensar diferente. Pero nunca estaré segura, y no me importa. Lo que más me importa es que este chico que conozco, que conozco desde hace ya un lustro, ahora es Batman, o Superman o el que les guste más. Arriesgando su integridad como persona para salvaguardar los derechos de otros.

Todos, desde nuestras trincheras, desde la casa, la escuela, el camión... podemos ser Batman. Podemos ser él.

-OPUS VEINTITRÉS